9.

MANIFIESTO

DE LA NACION ESPAÑOLA

Á LA EUROPA.

Naciones, Pueblos de Europa, Príncipes que estais á su frente, hombres buenos de todas clases, de todos estados, la Nacion Española, y en su nombre la Junta Gubernativa, á quien por el cautiverio injusto y alevoso de su Rey ha confiado la autoridad, va á poner de manifiesto ante vosotros la série de desgracias y agravios que ha padecido; y haciendoos una pintura fiel de su situacion actual y de sus designios, reclama con confianza vuestra compasion hácia sus infortunios, y vuestro interes por su suerte.

El mundo es testigo de la adhesion constante de España á la Francia, y de la amistad no interrumpida que la ha guardado por el intervalo de un siglo. Una misma era la guerra, una la paz, unas las alianzas, unas las relaciones. Mas la Francia, por mas preponderante en Europa, y por el mayor influxo de sus Reyes, considerados como rama principal de la familia, era la que designaba las empresas y dirigía el movimiento: por consiguiente todos los beneficios de semejante union eran suyos, sin que á España quedase otra utilidad ni otra gloria, que ser el primero y mas grande instrumento del poder ostentoso de su aliada.

Rompiéronse estos lazos con la revolucion; y la expulsion de los Borbones del trono frances acabó para siempre con el pacto de familia. Otras miras, otras relaciones políticas, otra actitud exterior convenian á la Monarquía Española en aquellas circunstancias, y Cárlos IV pareció adoptarlas quando en 1793 se declaró contra la Francia, y unió sus fuerzas á la grande coalicion europea. Mas el influxo arbitrario que ya tenia en nuestras deliberaciones el Favorito que nos ha perdido, dirigió miserablemente las operaciones militares en el tiempo de la lucha, y nuestras transacciones diplomáticas al tiempo de la paz. Á una guerra infeliz se siguió una paz vergonzosa; á esta paz vergonzosa una ruinosa y desigual alianza, y desde entonces hasta ahora España, atada al carro de la Francia, ha tenido que seguir servilmente su violento y rápido movimiento.

Por que todas las ventájas estaban de parte de ellos: los frutos de su industria vivificada con nuestros tesoros se expendian en España y en la América Española: suyos eran nuestros exércitos, suyos nuestros puertos, suyos nuestros navíos y suyas, puede tambien decirse, nuestras colonias. Á esta relacion pública de Potencia á Potencia eran consiguientes la buena fe y la adhesion de los particulares: siempre los recibiamos como hermanos, y en

sus dos expediciones á España, nuestros paisanos se han privado del pan, aun en tiempos de suma carestía, para proporcionarlo á sus tropas, y hasta las mugeres que acababan de dar á luz sus hijos abandonaban sus lechos y los cedian á sus soldados. Que se acuerden de esto los franceses: los que conserven algun pudor para avergonzarse, y los que no, para calificar las miras políticas del hombre, á quien han fiado sus intereses, y que por contentar la sed hidrópica de mando que le abrasa ha privado para siempre á su Nacion de tan inmensos beneficios.

¿Y quáles han sido en recompensa los que ha sacado España de la alianza antes del indigno rompimiento? Dos guerras marítimas igualmente fatales: nuestras esquadras sacrificadas al antojo de nuestros aliados: colonias importantes perdídas: cortado con la interrupcion de nuestras relaciones en América el nervio principal de nuestra industria: la Luisiana cedida á los franceses por la Etruria, y vendida al instante por ellos, contra la expresa convencion estipulada de no enagenarse nunca: la Etruria, precio de esta cesion, y de sumas inmensas de dinero, arrancada al fin violentamente al Príncipe que la poseia: un raudal de plata y oro que corria sin cesar de España á Francia para apagar la insaciable codicia de sus gobernantes: en fin, la administracion inepta del Favorito, que sostenida y pro-

tegida por ellos, es otro de los amargos frutos que su amistad nos ha producido.

El principio constante y único que dirigia en sus operaciones á nuestro Gabinete, era no descontentar á los franceses. El Privádo de Cárlos, que siempre los miraba como los executores de su ruina, lo sacrificaba todo á su conservacion propia, y no hubo linage de baxezas y de condescendencias viles que no tuviese con ellos. Desconocieron nuestros Príncipes el gran principio de que la mejor, la sola defensa contra las agresiones de un ambicioso es el amor y la reverencia de los pueblos. De engaño en engaño, de cesion en cesion, adormecídos en un fatal letargo se iban llevando á su ruina, y todavia lo esperaban todo del pérfido que tan indignamente los engañaba.

La llama funesta que, en la carrera de sus estragos, habia devorado la Italia y la Holanda, trastornado el órden político de la Alemania, y arruinado á la Prusia; atajada en su camino por la paz de Tilsit, retrocedió con fuerza á exercer sus furores en el Ocidente. La ocupacion injusta de Portugal, y unas soñadas expediciones al Africa, fueron el pretexto con que se empezaron á introducir tropas francesas en España; y el ofrecimiento de una soberania en aquel reyno, el cebo con que hizo caer al Favorito en el lazo que le armaba. Añadió

se á estas disposiciones el suceso escandaloso del Escorial, efecto funesto de la division de la Real Familia, precipitado por las intrigas viles y secretas de los franceses. La España y la Europa oyeron atónitas la inculpacion de parricidio intentada públicamente por Cárlos IV á su sucesor, y reclamar un padre la espada de la justicia contra los supuestos atentados de su primogénito; pero la Europa y la España negaron su asenso á semejante calumnia, y no mancharon ni aun con la duda la inocencia de un Príncipe virtuoso. Desayrado, perseguido, privado del amor y de la confianza de sus padres; su respeto y su obediencia no se habian desmentido jamas, y su verdadero delito era ser temido y aborrecido del Privado. No se atrevió el infame á consumar el crímen, y aterrado con el silencio de reprobacion que advirtió en la lealtad española, se retraxo de su abominable intento, y dió este paso mas hácia su precipicio.

Entretanto las tropas francesas entraban en España; y Napoleon, que veia en tan vergonzoso debate la mejor ocasion para sus intentos, dió la señal de obrar á sus Generales. Las fortalezas de Pamplona, Barcelona y Figueras fueron alevosamente ocupadas por soldados que estaban recibidos como amigos en aquellos pueblos. Al saberse esta infraccion de las leyes de la hospitalidad y de la

confianza, se alarmó todo el reyno y se estremeció el gobierno; pero éste, débil ya para oponerse abiertamente, tuvo que contentarse con las vanas disculpas que los franceses le dieron, y se volvió á adormecer. Acercábanse ya á la capital, y el misterio de sus designios, y la afectacion con que en sus discursos públicos honraban á la Nacion, sin mentar para nada á sus Reyes, aumentaban la inquietud y los temores, destruian las esperanzas de los incautos, que creyeron al principio que solo venian á destruir la tirania de Godoy; y él, desengañado al fin de que sus intenciones no le eran favorables, dispuso precipitadamente la partida de la corte á Andalucia para desde allí trasladarse á América con ella.

Este fué el término de la paciencia española, que ya se vió en el caso de no tener esperanzas á que acogerse ni respetos que guardar. Miróse el pueblo desamparado de sus Príncipes, sin gobierno, sin proteccion, abandonado á la merced de los extrangeros, y expuesto á la suerte de Portugal, donde recibidos sin resistencia habian por primer ensayo de reforma confiscado todas las propiedades públicas y particulares, y designado la contribucion inmensa que debia servir á su rescate. Alzó, pues, la voz y no consintió en la partida de la Familia Real: el Favorito cayó pre-

cipitado á la nada, de donde jamas debió salir; y sus protectores, no queriendo, ó no sabiendo reynar sin él, abdicaron el trono en su heredero. Fernando VII fué solemne y generalmente aclamado y reconocido Rey por el pueblo que le habia de obedecer: la Nacion se vió súbitamente renacer de muerte á vida: la confianza volvió á reynar en los corazones, y la felicidad y la alegria rebosaban en todas partes. Ningunos mas bien que los franceses pueden, si quieren alguna vez hablar verdad, deponer de esta unanimidad de sentimientos, de este gozo universal, de estas aclamaciones y aplausos verdaderamente nacionales.

No se rompieron con semejante mudanza las relaciones políticas, que todavia en apariencia estrechaban á las dos naciones, y las providencias públicas y secretas, que desde el instante de su exâltacion tomó el jóven Monarca fueron principalmente dirigidas á estrechar y consolidar estos vínculos. Príncipe de Asturias habia buscado la amistad de Napoleon, implorado su proteccion contra la opresion en que se hallaba, y manifestado sus deseos de enlazarse á su familia. Monarca de España y de Indias hizo profesion de los mismos sentimientos; envió una embaxada solemne y extraordinaria á anunciar al Emperador su exâltacion al trono; reiteró la demanda del enlace; noticioso

de que se acercaba á España, envió al Infante su hermano á cumplimentarle; y él mismo, en fin, salió á recibirle, quando á conseqüencia de las noticias dadas por sus fementidos emisarios, creyó que le encontraria dentro de los límites de sus reynos.

A qualquiera hombre por feroz y malvado que fuese, si hubiera conservado algo de humano, desarmáran estas demostraciones de amistad y confianza. Napoleon prosiguió á favor de ellas la horrible trama de sus artificios, y el inocente Monarca engañado sale de Búrgos á Vitoria, de Vitoria á la raya, de la raya á Bayona, donde encuentra por fin á su aliado, que luego que le tiene en su poder, le intíma que renuncie en él la corona que sus pueblos habian ceñido á sus sienes. Para vencer la resistencia que encuentra en el Príncipe español á tan indigna propuesta, hace llevar tambien á Bayona á los Reyes Padres que, ya seducidos por sus intrigas secretas, habian reclamado contra la abdicacion. Allí, haciéndose defensor de los derechos del padre contra el hijo, valiéndose del respeto filial, jamas desmentido en el pecho virtuoso de Fernando, y abusando de la triste situacion de unos y otros, obliga al hijo á que restituya la corona á su padre, y al padre á que la renuncie á favor del mismo Napoleon.

¿Y qual era la posicion, quáles los sentimientos del Pueblo Español mientras se preparaba y se executaba esta escena tiránica y vergonzosa; mientras se violaban así todas las leyes fundamentales de la Monarquía, y se contraríaban todos los deseos de la voluntad nacional? Contenido en los límites de su lealtad acendrada y de su amor al órden, mientras que tuvo esperanza de que su Rey fuese reconocido, no hizo demostracion ninguna de disgusto ni impaciencia con los franceses, que alojados en la Capital y en sus cercanías, se valian del nombre de Fernando y de su Gobierno para disfrutar el noble hospedage y los obsequios de la generosidad española. Mas quando vió que el Rey, á pesar de las promesas que había hecho al partir, no volvía; quando entreoyó las tramas horribles que se fraguaban en Bayona; quando vió esparcirse papeles incendiarios, desacreditando la feliz revolucion que acababa de hacer; quando en fin miró arrancar del alcazar de sus abuelos los últimos restos de la Familia Real; entonces el descontento prorumpió en quejas y en clamores, y el furor comprimido empezó á anunciar el inevitable rompimiento.

Aprovecharon los franceses esta violenta disposicion de los ánimos, y sus atroces manejos dispusieron y precipitaron el suceso memorable del

2 de Mayo. Querian ya desplegar las medidas del terror, pareciéndoles que abatiendo á la Capital abatirían á la Nacion toda, y asieron el primer pretexto que les ofreció un lance que por vias pacíficas pudo ser fácilmente cortado. Impacientes de sangre y de tiranía tiraron de improviso sobre el Pueblo, que aun no les había hecho mal alguno, y extendieron sus colunas homicidas por las calles pacíficas de Madrid. Corrieron sus habitantes indignados á las armas, y brazo á brazo, cuerpo á cuerpo arrostraban los batallones, y sabían hacerles mal, y recibir la muerte con mas valor que el que manifestaban sus viles asesinos en medio de la fuerza de su disciplina y de la union de sus filas. La sangre corría; y el vecindario aunque excesivamente desigual en número, aunque abandonado de su Gobierno, aunque no estaba sostenido ni dirigido por los militares, á quienes las órdenes mas estrechas contenian en sus quarteles, sostenía la lucha con teson, y en muchas partes con ventaja, quando las voces de paz y de concordia, salidas de las bocas de sus Magistrados, le contuvieron y desarmaron.

Cesó el combate, y empezó el horror: los bárbaros franceses ocuparon militarmente á todo Madrid, y comenzaron á detener á quantos paisanos encontraban con armas ó con utensilios que lo

pareciesen; y estos infelices, sin juicio, sin preparacion, fueron en la noche y mañana siguientes arcabuceados con la mayor barbárie á la vista de sus hogares. Interrumpiase el silencio terrible de aquella noche cruel con el estallido de los tiros y con los alaridos de los que morian, y los buenos españoles comprimidos y desarmados no podian prestar á sus hermanos ni proteccion ni venganza.

Aquel funesto dia puso en manos de los franceses la autoridad primera del Estado, y las renuncias de Bayona, que al instante aparecieron, anunciaron á la Monarquía que su suerte debía ya depender del arbitrio de Napoleon. Este cedió la Corona Española á su hermano Josef; y á fin de dar á estos actos una autoridad risible, propia de la charlatanería francesa, se convocó á Bayona una Junta de españoles, vendidos unos, débiles otros, nulos los mas; los quales sin comision ni representacion pública prestaron sus firmas y su aprobacion al miserable índice, que Napoleon y sus Secretarios decoraron con el pomposo título de Constitucion Española.

Así despues de haber apurado quanto hay de vil en la perfidia y de odioso en la atrocidad, estos sofistas impudentes se atrevían á hablar de constitucion, de leyes y de reformas; y no pudiendo

manifestar título alguno ni justo ni aparente para su usurpacion, querían dorarla dándose á si mismos el especioso dictado de restauradores nuestros. Pero una Nacion de doce millones de almas no necesita de tutores. ¡Y qué tutores gran Dios! Los mismos que despues de haberse constituido defensores de todos los derechos y de todos los principios, hacen alarde de atropellarlos dentro y fuera de la Francia: los que no han hecho ley que no deroguen, constitucion que no destruyan, gobierno que no infamen y corrompan: los que habiendo executado y sufrido horrores sin fin para establecer una libertad que jamas supieron conocer, han acabado por hacerse los instrumentos viles de la ambicion mas insensata que ha habido en el mundo desde Tamerlan hasta ahora.

El último capítulo de su historia, la última hazaña de su heroismo es engañar á un Rey bueno, que confiado en un seguro, á que ni aun los foragidos de los desiertos se atreven á faltar, se pone en sus manos, y al instante le despojan de la Corona y de la libertad, amagándole la vida. Despues, porque el Pueblo que ama á su Rey no consiente en una usurpacion tan injusta, dan de repente la señal de la matanza, y se arrojan como tigres contra sus huéspedes y sus amigos. ¡Y estos pertenecen á una Nacion que se llamaba culta!

¡y estos son los que se pregonan los héroes de la Europa! Bandidos son, no guerreros; monstruos feroces, no hombres; contra los quales todos los medios de venganza, todos los caminos de exterminio, por horribles y sin exemplo que se los suponga, estan autorizados en la equidad y en la justicia.

La Nacion Española ultrajada asi en sus Príncipes, vendida en su confianza y tan tristemente pagada de su hospitalidad, alzó de repente el grito y acudió toda á las armas para defender su libertad, y castigár á estos bárbaros. En vano se ostentaba á sus ojos por los indignos fautores de la usurpacion el poder inmenso del Tirano, la disciplina aguerrida de sus tropas, su destreza sin segunda en las artes de hacer mal. Los hombres que tan inhumanamente ultrajados calculan friamente los riesgos de la venganza, son ó cobardes ó traidores, y en qualquiera caso viles. Pero aun los cálculos del egoismo se componian mal en esta ocasion con la infamia del sufrimiento. ¿Qué importa decian los buenos, que seducidos por el amor de la paz callemos ahora, y consintamos en el yugo que se nos presenta? ¿Dexarémos por eso de sufrir la rapacidad de estos ladrones del orbe que vienen á saquear las riquezas acumuladas en nuestro suelo por la paz interior de un siglo? ¿Dexarémos de ser va-

sallos de un Régulo subalterno, puesto aquí solamente para comunicarnos los decretos del tirano? ¿Dexará en fin nuestra juventud de ser llevada á otros paises á saquear y degollar pueblos que no nos han hecho mal ninguno, como vemos aquí ahora los miserables conscriptos de Italia y Alemania? No: pues que es absolutamente necesario un sacrificio de sangre, mejor es ofrecerla en holocausto á la patria, que á la ambicion de un tirano: mejor es luchar y morir á la vista de nuestros padres en las orillas del Tajo, del Guadalquivir y del Ebro, que ir á ensangrentar las márgenes heladas y remotas del Vístula y del Danubio.

Y tomada esta resolucion generosa, las provincias armadas proclamaron de nuevo al Rey, cuya obediencia tenian jurada, y salieron á encontrar las falanges francesas, que ya se dilataban por ellas. Nada pudo resistir á su ímpetu en el principio: veinte y tres mil hombres, la flor de su exército, acaudillados por uno de sus mejores Generales son derrotados en los campos de Baylen, y forzados á rendirse prisioneros. Valencia recibe en sus murallas el ímpetu de Moncey, y le ahuyenta destrozado al centro del exército frances que se hallaba en Madrid. Mas allá los Catalanes, á pesar de estar ocupadas por los enemigos las fortalezas de Figueras y Barcelona, ordenan á su vista su vigorosa insurreccion,

y Manresa y Gerona son el escollo y escarmiento de las divisiones enviadas de Barcelona á reducirlos. Zaragoza, en fin, abierta por todas partes y sin mas defensa que los pechos de sus moradores, resiste las iras de Napoleon, que como numen infernal fulminaba desde Bayona la desolacion y el estrago sobre un pueblo hasta allí pacífico, que no tenia mas delito que el de ser leal á su Rey. Las bombas, las balas, todos los pertrechos bélicos que alla se enviaban, salian de nuestros almacenes de Pamplona, y las municiones fabricadas por nosotros para defendernos, traydoramente vendidas, y alevosamente ocupadas, servian ¡cosa horrible! á nuestro daño y se disparaban contra españoles. Pero los aragoneses que empezaron á defender su ciudad inerme, quando las plazas de armas se rinden con honor, los aragoneses salvaron entonces á su capital, que ostenta las manchas de sangre que hay en sus calles por inscripciones de victoria y los escombros de sus casas por trofeos.

Los franceses en fin, rechazados por todas partes huyen vergonzosamente y se establecen en las orillas del Ebro. Apoyados allí en las plazas que tan pérfidamente ocuparon al principio, esperaron los refuerzos que Napoleon les prometia, y con ellos han vuelto á la contienda en la esperanza de mejor suceso. La Nacion Española, agena por caracter y por principios de la charlatanería y falsedad

francesa no disimula á la Europa, que en esta segunda época no ha sido tan favorecida de la fortuna como en la primera. Nuestras tropas han pagado su tributo á la inexperiencia, y de resultas de los sucesos de Espinosa, de Búrgos y de Tudela han vuelto los enemigos á ocupar la capital. Ellos con su jactancia acostumbrada ya cantaban la victoria, como si en el recinto de Madrid estuviese encerrada toda la monarquia; y si hubiera de creerse á sus falaces noticias todas nuestras tropas se han disipado como el humo, y España ya no tiene ni fuerzas que oponer, ni autoridad con que regirlas, ni recursos á que acudir. Mas nunca el Gobierno que la Nacion se ha elegido ha encontrado mas respetos, mas adhesion, ni mas zelo: á su voz, las provincias han redoblado sus esfuerzos; y nuevos alistados, nuevos donativos y nuevos sacrificios han acudido al instante á llenar el vacio de estos reveses. Los franceses en vez de triunfar como ya imaginaban, y de dilatarse impunemente á robar y devastar, segun su costumbre, se ven rodeados de otros exércitos, obligados á replegarse y reunirse para tentar la suerte de nuevos combates. Desengáñese el tirano: por mas intrigas que trame, por mas ventajas que consiga, no nos quitará jamas ni el odio á la dominacion francesa que anima á todo español, ni la constancia incansable con que acudiremos á re-

parar los caprichos de la fortuna.

Tal ha sido el origen de la guerra que los franceses hacen en España; guerra hecha de una manera bárbara, sin explicacion, sin preparacion y sin pretexto: en la qual, como si los españoles no perteneciésemos á ningun pueblo civilizado, no se observa ninguna de las reglas que el derecho de gentes tiene establecidas entre las que lo son. Así nosotros para manifestar al mundo la justicia que nos asiste, no necesitamos acudir á sutilezas de derecho público, ni á cabilaciones diplomáticas sobre artículos de tratados. El caminante pacífico, que se vé asaltado alevosamente por su compañero de viage convertido en asesino, de pocas palabras necesita para justificar su defensa: el derecho natural se la prescribe, el instinto se la aconseja, el furor y la venganza se la ministran. Nos vimos despojados de nuestros Príncipes, amenazados de perder nuestras leyes y nuestras costumbres, atacados en nuestras casas: los mismos que fueron en ellas admitidos y regalados como huéspedes y amigos, las mancharon con la sangre de sus moradores, y las profanaron con la violacion de las madres y de las hijas, que tenian que sufrir todos los excesos de su brutalidad á vista de sus padres y esposos despedazados: los niños eran clavados á las bayonetas y llevados en triunfo como trofeos militares; el Santuario de los tem-

plos sacrílegamente despojado y regado con la sangre de los Sacerdotes indefensos que allí mismo degollaban. Injuriados y acometidos de esta manera tan nunca vista y cruel; ¿que otro partido nos quedaba sino defendernos y perecer ó triunfar? Era preciso ser todavia mas viles que lo que el Tirano nos desea para olvidarnos de lo que fueron nuestros mayores, y de lo que nosotros valemos; y no hemos querido parecer indignos de ellos, ni ser el escarnio de la Europa, ni juguetes de Napoleon.

Él despues de atropellar en sus acciones todos los principios de la equidad y de la justicia, quiere tambien trastornar á su antojo el sentido de las palabras: nos llama insurgentes y rebeldes, y nos excluye por este concepto de las conferencias de pacificacion que tan insidiosamente ha propuesto á la Inglaterra. Pero baxo que pretexto, ó con que derecho despoja á la Nacion Española de la representacion de Potencia? ¿Es acaso por el que le dan las renuncias de Bayona arrancadas por fuerza y evidentemente nulas? Pero el proyecto de ocupar y usurpar el trono español estaba irrevocablemente resuelto, y empezado á executar antes de que se verificasen estas renuncias, y aun antes de los sucesos memorables de Marzo. Los documentos que acompañan á este Manifiesto, y que la Junta Gubernativa del Reyno conserva originales en su poder, lo prueban con evi-

dencia; y privan á nuestros enemigos hasta de aquel miserable efugio, inventado por ellos para fascinar á incautos. Sola, pues, la impudencia y el descaro que engendran el poder y la fortuna en quien no reconoce mas derecho que la fuerza, podian llamar insurreccion á la resistencia contra una agresion injusta, y dar á la obediencia, á las leyes y autoridades patrias el nombre de rebeldía. Mas nadie se lo cree en Europa; y solo un insensato puede desconocer en este movimiento tan universal y magnánimo la voluntad de una Nacion entera, que aspira á defender su honor y su independencia. ¿Como explicar sinó este fenómeno político tan admirable como singular, de moverse casi en un mismo dia, con el mismo espíritu, por el mismo camino, y baxo una forma misma de gobierno, tantas Provincias diferentes, sin preparacion, sin comunicacion alguna entre sí? ¿Como explicar el establecimiento del Gobierno Central á que han concurrido ansiosamente todas ellas, que exerce tranquilamente la autoridad á nombre del detenido Monarca, y es respetado y obedecido igualmente en los momentos de angustia y de apuro que en los de gloria y felicidad?

En vano los franceses en sus periódicos serviles, y en sus contradictorios manifiestos nos pintan entregados á los horrores de la anarquía, y agitados con las convulsiones fanáticas de una libertad

exâltada: nos buscaron esclavos viles y sumisos, nos encontraron hombres, y nos calumnian de revolucionarios. Mas sepan esos impostores eternos, que los españoles no respiran mas que amor á su Rey y á su Patria: que su única ambicion es conquistar la libertad del uno, y la independencia de la otra: que solo intentan mantener las leyes fundamentales de su Monarquía, que Napoleon quiere insolentemente trastornar: sepan que no somos frenéticos ni insensatos y que de la misma manera con que hemos sabido resistir la esclavitud vergonzosa que ellos nos querian imponer, sabremos apreciar en lo que valen las charlatanerías políticas, que de delirio en delirio han conducido á la Francia á los pies del exêcrable déspota que la oprime.

Mas esta lucha terrible, en que la España se ha empeñado por sí sola, no es á ella sola á quien únicamente interesa. Soberanos de Europa insultados y escarnecidos, pueblos oprimidos y tiranizados por los franceses, ¿miraréis con indiferencia la ocasion única que se os ofrece de recobrar vuestro poder, de vengar tantas injurias y de restablecer el equilibrio, que os ha costado tantas combinaciones y tanta sangre? El poder y los designios ambiciosos de Cárlos V y su hijo os reunieron á contenerlos, y al fin pudisteis sostener la libertad política de la Europa amena-

zada por ellos. Lo mismo os costó la ambicion fastuosa de Luis XIV, que á pesar de medio siglo de triunfos y de victorias, tuvo al fin que ceder al teson de las demas naciones coligadas contra él solo. Otro nuevo tirano mas terrible os tiene comprimidos y subyugados á los unos, agraviados á todos: ¿y no renovareis aquellos nobles esfuerzos para sacudir de vosotros el peligro y el cautiverio?

Quince años van ya que la ambicion francesa agita y destrúye la Italia. Hecha teatro de una guerra sangrienta, ha visto desaparecer todos los frutos de la paz dilatada que habia gozado: arrebatados los monumentos admirables que el genio de las artes habia depositado en su suelo, para contentar el orgullo de quien no sabe imitarlos: los límites y el equilibrio de sus diferentes estados rotos y perdidos; y en fin se mira destinada, como nosotros, á ser dividida en satrapías para saciar la ambicion, pagar las iniquidades, y contentar el desenfrenado luxo de estos devastadores del mundo. Escuchad, Italianos, la voz de una Nacion con quien tantas relaciones tuvisteis en otro tiempo: acordaos de los dias en que unidas vuestras banderas á nuestras banderas, y vuestros guerreros á nuestros guerreros, abatiamos el orgullo frances en las orillas de Garellano y en los campos de Pavía. España no reclama el influxo del poder que ya tuvo sobre vosotros. A la union os llama poderosamente, y

con ella á la libertad: constituíos como conviene para haceros respetables: sed otro antemural á la marcha ambiciosa de este coloso; y España auxîliando vuestros esfuerzos, bendecirá el dia en que os salude como una Nacion independiente, grande y poderosa.

Los mismos males, los mismos agravios, y quizá mayores pérdidas, tiene que llorar la Suiza. La simplicidad de sus costumbres y su libertad suplían á la esterilidad y aspereza de su suelo, y feliz con su independencia y con sus virtudes no tenia que envidiar, á pesar de la escasez de sus medios, á las Naciones mas poderosas y opulentas. Su proxîmidad á la Francia la ha perdido: la guerra la ha arruinado como á la Italia: convertida en quartel de soldados, despojada de las riquezas que en algunas de sus ciudades habian reunido la economía y la industria de sus habitantes, y hecha campo y juguete de la intriga francesa, ha visto despues trastornar de un golpe las leyes venerables de su confederacion, respetadas del tiempo y de los hombres, para recibir de manos de la Francia una constitucion hecha á su antojo. ¿Qué importa ese vano nombre de República, que la condescendencia del Tirano la permite aun conservar? Su situacion precaria no dexa á los suizos otro arbitrio para mantener el nombre y la independencia helbética, que reunirse á los Pueblos que aspiran á salvarse del torbellino francés. Si hasta ahora les ha servido su pobreza para no

ser reducidos á Reyno, y entregados en don á un pariente ó á un valido; mañana seran despojo de algun insolente, que quiera poner á sus plantas la libertad y la gloria que á costa de sesenta combates les compraron sus mayores.

Ni queda otro recurso á la Holanda para salir de la humillacion y oprobio en que se halla sumergida. Sin navegacion, sin comercio y sin colonias, despojada de su constitucion y de sus leyes, obligada á reconocer y dar título de Rey á un hombre sin virtudes, sin talentos y sin gloria, ó ha de consentir vilmente en su entera desaparicion del mundo político, ó debe apelar á la justa y santa insurreccion á que todo la convida. La Alemania toda ha visto trastornado á fuerza de intrigas su sistema federativo, invadidas sus libertades, robados y saqueados los emporios de su comercio, y desolados sus pueblos por una guerra cruel. Los estados pequeños de aquella parte del mundo han tenido un momento de satisfaccion en ver abatidos á los grandes; pero quando estos hayan desaparecido, ¿quien podrá salvarlos de la nulidad á que se precipitan? Ya estan abatidas con la monstruosa confederacion del Rhin las barreras políticas que habia entre sus intereses y los de la Francia; y el Gefe de esa confederacion, mas opresor, mas poderoso cien veces que el Gefe antiguo del Imperio Germánico, hará que esa alianza sea lo que todas las que se ajustan entre los dé-

biles y fuertes, un contrato de tirano con esclavos.

¿Sería posible que el Austria indecisa dudase todavia, y que los reveses de la última guerra, hijos de la sorpresa y de la intriga, no de la pericia y del valor, la separasen de una arena donde ha lidiado con tanto teson y tanta gloria? Tres guerras grandes y sangrientas ha sostenido por la dominacion y por la honra, ¿y no se arrojará á hacer la que necesita para la exîstencia? Que se acuerde de la manera pérfida con que adormeció Napoleon á la Prusia para humillarla á ella en Ulma y Austerlitz, y como despues se sirvió de la inaccion del Austria para hacer pedazos en Jena á la Prusia. Sobre la division de las dos Potencias ha fundado su fortuna, logrando enflaquecer á la una, destruir á la otra, y escarnecer á las dos. Tiempo es ya de terminar esas rivalidades fatales, y de conocer que la Francia, enemiga natural de todas las Naciones, no puede ser contenida sino con la coalicion de todas. Si el Austria quiere vengar sus agravios, rehacerse de sus pérdidas, y conservar su vida política, este es el tiempo de conseguirlo, en que el enemigo tiene que atender á partes tan distantes. Unida otras veces á España atajaban entre las dos el ímpetu de esa gente siempre inquieta y ambiciosa. España la convida ahora á la guerra contra el comun adversario, y la convida con la energía y el ahinco de un Pueblo mortalmente ul-

trajado y amenazado. Una y otra lucharán por su exîstencia; si España sucumbe, el Austria perece.

La Rusia confiada en la inmensidad y lejanía de su territorio puede al parecer vivir libre de temores y tratar de igual á igual con el opresor de los otros; pero quando le haya dexado engrandecerse con los despojos del resto del continente, quando su indiferencia, ó su mal aconsejada política, dexe poner en una mano las fuerzas todas de Ocidente y Mediodia; entonces á los males que ya sufre en su navegacion y comercio tendrá que añadir el oprobio de recibir la ley que le quiera imponer Napoleon. Este será al fin su enemigo, porque siempre lo han sido los rivales en imperio. No se fie el Emperador Alexandro ni en promesas y tratados, que solo se cumplen mientras traen cuenta, ni en demostraciones de amistad, que nada cuestan á un pérfido. Que contemple la suerte de los tres Soberanos mas amigos que ha tenido este hombre iniquo, y el abatimiento y la ruina del Sumo Pontífice que autorizó su exâltacion, del Rey de Prusia que le ha dado la preponderancia en la Alemania, y del Rey de España que todo lo ha sacrificado á sus miras, sean una leccion y un escarmiento á los incautos que fien todavia en sus insidiosas caricias. La Europa reconoce en Alexandro un corazon magnánimo y generoso: ¿Por qué un Monarca de sus principios y de sus virtudes se ha de

avenir con un tirano tan malvado y tan atroz? ¿Por qué ha de hacerse cómplice de sus usurpaciones y de sus crímenes? ¿Por qué ahora ha de contribuir con su indiferencia á la destruccion y ruina de la Nacion Española? Dinguna ofensa ha recibido de ella; su conservacion está enlazàda con la utilidad y gloria de su Imperio, y la naturaleza la ha destinado á ser con la Rusia uno de los estribos en que se apoye la bóveda política del equilibrio europeo.

Sí, Soberanos; sí, Pueblos del continente: vuestra conservacion está cifrada en nuestra conservacion, y la causa que España defiende es tan vuestra como suya. El descaro de la Francia en sus despojos y violencias no dexa ya nada que adivinar á la política, ni al cálculo problema alguno que resolver. Ese gran sistema continental, que está continuamente sonando en los labios de los franceses, se hace patente por sus hechos mismos, y no significa otra cosa que vuestra ruina. Ya su ambicion se ha tragado la Italia, la Holanda, la Suiza, y convertido á estos estados con los confederados del Rhin en otras tantas provincias del Imperio Frances. Con las fuerzas de España y Portugal quiere labrar la entera destruccion del Austria, y despues descargar el peso enorme de la Europa toda sobre el seducido Alexandro, y arrojarle á los desiertos de la Tartaria. Así el abominable plan que ideó su cabeza destructora se llenará enteramente. Las dinastías an-

tiguas desaparecerán; él reynará con su familia en las Naciones destrozadas y divididas; otro feudalismo, mucho mas repugnante que el antiguo, se establecerá sobre la ruina de las luces, de la industria y de la civilizacion de tres siglos; y un hombre solo tendrá la gloria de haber trocado los destinos de la parte principal del mundo. ¿Qué importa que los exêcrables designios de su tiranía tengan todavía que comprarse con la devastacion de cien provincias entregadas al hierro y al fuego? La Europa ha de ser esclava: él lo decretó así; y quando el nombre de Napoleon, escrito en todas partes con caracteres de sangre anuncie á los hombres aterrados su miseria y servidumbre, entonces este bárbaro reposará tal vez, contento con haber sido para los pueblos un astro el mas infausto de desolacion y de muerte.

Mas no es todavía tiempo de que goce esta satisfaccion horrible y sanguinaria. La Inglaterra con la inmensidad de ventajas que su posicion, su poderío y sus leyes la presentan, se ha reido constantemente de las convulsiones frenéticas de la ambicion francesa y en parte las ha contenido. Las injurias sin exemplo con que ha sido ultrajada la España, han roto para siempre los lazos serviles que la tenian ligada á la Francia, y no dexan lugar ni á composicion ni á tregua: nuestra guerra será eterna, mientras no nos restituya nuestro Monarca, y no reco-

nozca nuestra independencia. Agravios casi iguales tiene que vengar Portugal, y por la primera vez su interes es uno mismo con el de Castilla. Un Príncipe esforzado niega fieramente en el Norte el vasallage que á todos pide el tirano, y mantiene el honor y libertad de la Suecia en la guerra injusta y repugnante que le ha suscitado Napoleon con sus artificios. ¿Qué os detiene, pues, Soberanos de Europa? Las circunstancias os convidan, la ocasion se presenta, el peligro es urgente, vuestro interes es claro. ¿Quereis exîstir? armaos: que desde el Escalda al Tiber y desde el Neva al Guadalquivir no haya mas que un movimiento, una accion, un grito; y sea, guerra á los franceses. ¿Os detiene acaso el miedo, la falta de esperanza en el buen éxîto? Desengañaos: los franceses no son invulnerables ni invencibles: los campos de Valencia y Zaragoza, las alturas de Baylen manifiestan al cielo y á la tierra su vergüenza y su escarmiento. Imitadnos, pues, en nuestra constancia y en nuestros esfuerzos, ó Monarcas y Pueblos del continente, y el mundo, amenazado de ser despojo de un monstruo, recobrará por fin su independencia y su sosiego.

Real Palacio del Alcazar de Sevilla 1.º de Enero de 1809

Martin de Garay.

Secretario General de la Junta Suprema.

APÉNDICE.

Las tres cartas siguientes del Príncipe Murat al General Dupont, que se hallaron entre los papeles de este, y se conservan originales en poder del Gobierno Supremo de España, harán ver á la Europa. 1.º Que el plan de Napoleon fue desde luego hacer una revolucion política en el Reyno, y mudar en él la Dinastía. 2.º Que para ello contó con apoderarse alevosamente del Príncipe de Asturias, del Príncipe de la Paz y demas personas principales que estuviesen al frente del Gobierno. 3.º Que no han dicho mas que falsedades en quanto han publicado acerca del dos de Mayo; y que la satisfaccion feroz y salvage con que Murat habla de la sangre vertida entonces, manifiesta que miraron aquella carniceria como un medio necesario para ahogar en el pueblo el amor y la lealtad á su legítimo Soberano, y para echar los cimientos de su usurpacion. Todo esto es anterior á la farsa abominable de Bayona; y por consiguiente quantos derechos se atribuye Bonaparte á la Corona de España en virtud de las renuncias forjadas allí son vanos y repugnantes, y cae al suelo el pretexto ilusorio en que se apoya la inhumana guerra que nos hace.

CARTA PRIMERA.

Señor General: poneos en movimiento con vuestra caballería y artillería y vuestras dos primeras divisiones, de modo que llegueis el 19 á la concurrencia del camino de Segovia y de San Ilde-

fonso con el de Madrid, y esperaréis en esta posicion nuevas órdenes mias. Dexaréis vuestra tercera division en Valladolid para observar el cuerpo español, que esta en Galicia. Es necesario que el General que dexeis en Valladolid procure adquirir noticias positivas del parage en que se halla este cuerpo, y que me informe cuidadosamente de todo quanto sepa. Dadle tambien órden de que haga se continúe la fabricacion de galleta.

Fixaré mi Quartel General el 16 en Aranda, el 17 en Fresnillo de la Fuente; y por último del 19 al 20 pasaré las alturas de Somosierra. Á este punto debeis dirigirme las noticias que tengais. No necesito recomendaros, que debeis marchar en el mejor órden, haciendo observar la mas severa disciplina y respetar las propiedades. Debeis caminar manifestando seguridad y sin anunciar ninguna intencion hostil. Direis que los exércitos marchan hácia Cádiz y Gibraltar, y dirigireis á la presencia del Emperador á Burgos, Vitoria ó Bayona las personas que quizá os enviará la Corte de España, aunque sea el Príncipe de la Paz y aun el Príncipe de Astúrias; bien que si llegasen á vos á tiempo que ya esteis en posicion los dirigireis á mi por el camino de Aranda.

El General Español Solano ha dexado la orilla izquierda del Tajo para dirigirse á Badajoz á donde debe haber llegado el 10. Enviadme todas las noticias que podais adquirir sobre la marcha ulterior de este cuerpo.

Si las tropas españolas que se hallan en Valladolid hubiesen recibido órden de dirigirse á Madrid ó á las Provincias de Extremadura y de la Mancha, pedid formalmente la suspension de su marcha, hasta que hayais recibido órdenes mias, que direis vais á pedirme. Persuadireis al Gobernador General que debiendo recorrer estas Provincias, es preciso economizar todos los recursos y no sobrecargarlas demasiado de tropas. Tambien le persuadireis, que dirigiéndose los exércitos del Emperador hácia Cádiz y Gibraltar, es necesaria la presencia de las tropas españolas en Castilla la Vieja para mantener en ella el órden y buena policía.

Ved aquí el órden en que debeis marchar.

Al frente la division de caballería con sus piezas de artillería ligera.

Destinaréis tres á cada brigada.

Vuestra primera division tendrá doce piezas de artillería.

La segunda tendrá la artillería que le esta ya asignada.

Desde luego reunireis estas tres divisiones, y marcharéis con vuestra primera division de infantería.

Hareis acampar vuestras tropas por brigadas, y escalones, de modo que no haya mas que quatro leguas de Francia desde vuestra primera brigada de vanguardia hasta la última brigada de vuestra segunda division.

Cada soldado debe llevar cincuenta cartuchos

y estar bien vestido, bien armado y provisto de todo.

Debeis llevar víveres de todas clases, á lo menos para quince dias galleta, ó pan fresco; y que os sigan bueyes para que no os falte carne en estos quince dias.

Decidme si el sueldo y prest está corriente hasta primero de Marzo.

Continuad dándome todas las noticias que podais adquirir. Sería muy conveniente suspender con algun plausible pretexto la partida de los correos que pudiera expedir á Madrid el Capitan General, ó qualquiera otra persona, dando aviso de la marcha de vuestras tropas.

Os remito adjuntos varios exemplares de la órden del dia, que cuidaréis se esparzan en el público, pero sin afectacion.

Avisadme á vuelta de correo de vuestra marcha y á donde contais establecer todas las noches vuestro Quartel General, á fin de que yo pueda en caso necesario enviaros mis órdenes.

Y con esto, Señor General, ruego á Dios que os tenga en su santa y digna guarda.=Joaquin.= Burgos 14 de Marzo de 1808.=Señor General Dupont.

CARTA SEGUNDA.

Señor General: la tranquilidad pública ha sido turbada en la Capital. Hace dos dias que todas las

conversaciones y los paysanos entrados en la Villa nos anunciaban una crisis. Con efecto ayer desde las ocho de la mañana la canalla de Madrid obstruia todas las avenidas del Palacio, y tambien los patios. La Reyna de Etruria debia partir para Bayona: un Edecan que yo enviaba á cumplimentarla fue detenido por el populacho en una de las puertas del Palacio, y hubiera sido asesinado á no ser por un piquete de mi guardia que envié al instante para libertarle. Un segundo Edecan que llevaba órdenes al General Grouchy fue asaltado á pedradas. Entonces se tocó la generala, y las tropas corrieron á los puntos que tenian órden de ocupar en caso de alarma. Varias colunas marcharon de diferentes partes contra las gentes reunidas: unos quantos cañonazos de metralla las dispersaron, y todo se ha puesto en órden. Cincuenta paysanos cogidos con las armas en la mano fueron arcabuceados ayer tarde, otros cincuenta lo han sido esta mañana. La Villa será desarmada, y un edicto va á aunciar que todo español á quien se halle con qualquiera clase de armas, será considerado como sedicioso, y arcabuceado. Este edicto se remitirá por el Gobierno á todos los Capitanes Generales y á todos los Oficiales, Comandantes de los cuerpos de exército, haciéndolos responsables de los acontecimientos. La órden del dia adjunta se remitirá al mismo tiempo que el edicto. Con la buena leccion que acabo de dar no se turbará mas la tranquilidad pública. He sabido que ha habido una alarma en

Aranjuez el domingo por la tarde, con motivo de unos fusilazos tirados desde una casa, y he dado órden al General Vedel para que convoque una comision militar y haga arcabucear á los paysanos que se han hallado armados en la casa, la qual debe ser quemada ó demolida. Haced fixar mi órden del dia en Toledo, en Aranjuez y en vuestros diferentes acantonamientos, y cuidad de que se distribuyan las varias gazetas é impresos adjuntos. Enviad Oficiales para informaros de los movimientos de las tropas del General Solano, y espero ciertamente que no se executará ninguno sin que llegue á vuestra noticia. Declarad que el Emperador ha hecho notificar al Príncipe de Astúrias que no le reconocía sino como Príncipe de Astúrias, que el Rey padre y este Príncipe han elegido por árbitro de su contienda al Emperador, y que en este momento debe estar ya decidida. Manifestad á la Nobleza y al Clero que la conservacion de sus privilegios dependerá de la conducta que tengan respecto del Emperador y de sus tropas, y que el interes de la Nacion Española es estar constantemente unida á la Francia. Continuad anunciando que el Emperador sale garante de la integridad é independencia de la Monarquía Española.

Ha habido á lo menos en el dia de ayer 1200 hombres muertos del populacho ó paysanos de Madrid, y nosotros hemos tenido algun centenar de heridos, por haberse encontrado solos en las calles.

Y con esto, Señor Conde, ruego á Dios que os

tenga en su santa y digna guarda.=Joaquin.= Madrid 3 de Mayo de 1808.

CARTA TERCERA.

Señor General: os escribi el 3 el sueeso del 2. Segun yo habia previsto, y os lo había anunciado, la leccion dada á los rebeldes de Madrid ha producido resultados decisivos. Los parciales de Fernando completamente batidos y desconcertados han capitulado, y á la fiereza castellana ha sucedido súbitamente la consternacion, y una resignacion absoluta. El entusiasmo ha desaparecido, todos los españoles han abierto los ojos sobre sus verdaderos intereses, todos abandonados de su Rey, imploran hoy la clemencia del Emperador y su proteccion, y le piden un Rey de su dinastia. Espero que el Rey de Nápoles tan generalmente estimado de la Europa, reynará sobre los españoles.

La Junta de Gobierno, despues de haber cumplido sus deberes de fidelidad y adhesion para con sus Soberanos, hallándose en circunstancias extraordinarias, reducida á no poder ya recibir órdenes ni decisiones de sus Príncipes, que se hallan en Bayona, temiendo en fin la repeticion del acontecimiento funesto del dos de Mayo, acaba de suplicarme que me encargue de su Presidencia, la qual he tenido á bien

aceptar. Os incluyo la copia adjunta de su deliberacion sobre este asunto. Os dirijo igualmente copia de mi circular á los diferentes Capitanes Generales, y Generales españoles, Comandantes de provincia y de diferentes cuerpos. No dexeis de decir á los Capitanes que se hallen á vuestras inmediaciones que encontraran baxo la nueva dinastia la consideracion que la anterior no podia ya darles.

Nosotros gozamos aquí la mayor tranquilidad, y la confianza está enteramente restablecida.

Y con esto, Señor General, ruego á Dios que os tenga en su santa y digna guarda. = Joaquin. = Madrid 7 de Mayo de 1808.

CIRCULAR Á LOS CAPITANES GENERALES Españoles inclusa en la carta antecedente.

Señor Capitan General: sin duda habreis sabido con dolor el acontecimiento desgraciado del 2 de Mayo. La memoria de este dia será para mí un recuerdo de amargura; pero el cielo me es testigo de que me he visto obligado á rechazar la fuerza con la fuerza, y que á pesar mio han sacado los franceses la espada contra españoles, y ha corrido la sangre de las dos naciones amigas. Os incluyo copia de mi órden del dia, con una de mis proclamas, y otra de la Junta de estado. No dexareis de conocer que la clemencia ha seguido muy de cerca á la gran severidad que ha sido preciso desplegar de pronto, para contener el desórden y la efusion de sangre: todo al-

presente ha vuelto á entrar en el órden: lo pasado está enteramente olvidado. Se trata de reparar el mal: es necesario hacerlo olvidar y trabajar de concierto en la felicidad de vuestra patria. Con este objeto la Junta Suprema de Gobierno me ha nombrado su Presidente: corresponderé fielmente á su confianza. No me disimulo todos los deberes que ella me impone; pero los cumpliré por que cuento con el concurso de todos sus esfuerzos y de todo su zelo; por que cuento con los diferentes cuerpos de tropas españolas que estan léjos de la capital, como con la guarnicion de Madrid, que se ha cubierto de gloria, reuniéndose á las tropas del Emperador para contener y reprimir al populacho de Madrid. Sí, Señor Capitan General, cuento mucho con vos. Los nobles sentimientos que os distinguen tan eminentemente me responden de vuestro zelo. Vos no podeis menos de continuar en seguir el camino del honor: os adherireis al gobierno: unireis vuestros esfuerzos á los suyos: rivalizareis con él en zelo para mantener la tranquilidad pública é impedir que el rechazo del suceso de Madrid se haga sentir en vuestra provincia.

Señor Capitan General, tengo el mayor gusto en que esta circunstancia me proporciona la ocasion de aseguraros la estimacion particular que vuestra reputacion y vuestros talentos tan justamente os han grangeado.

Y con esto &c. &c. Madrid de Mayo de 1808.

REIMPRESO EN MÁLAGA

CON PERMISO DE LA JUNTA DE GOBIERNO

Por Francisco Martinez de Aguilar.